



Trabajo Integrador Final

“La diferencia como conjuro de la fragmentación.”

(La intervención en Psicología frente a la crisis del lazo social)

Barbara Ailin Cosio (C-2928/9)

Docente responsable: Cecilia Bixio

2017

Agradecimientos:

Esta composición no hubiese sido posible sin la compañía efectiva de todos los docentes, estudiantes, amigos y compañeros de militancia que estuvieron presentes en mi trayectoria académica-subjetiva por la carrera de Psicología.

Mis agradecimientos no van destinados a colaboradores concretos para este escrito sino a participantes activos de estas reflexiones. La primera persona del plural que utilizo para enunciar aquí, es parte de una decisión firme de incluir en mis decires a muchos otros que me interpararon profundamente a lo largo de estos años.

A todos aquellos junto a los cuales comprendí que la Universidad Pública no era un lugar de transición, de paso, de estadía provisoria, sino que podía ser un espacio de verdadero alojamiento. Que por otra parte, debía sufrir las marcas que cada uno quisiera imprimirle, necesariamente.

De todos modos quiero nombrar a Cecilia Bixio, que no sólo aceptó 'hacerse responsable' por este Trabajo Integrador Final, sino que ha dejado impresiones irremediables con su forma clara, comprometida y ética de ejercer la docencia.

A Liz Moulin, Gabriela Huerta y Martina Provenzano que además de oficiar de amigas y compañeras de lucha, lo han hecho como aportantes de ideas, lecturas y debates.

Y por último a Fernanda Cosio y Horacio Juarez que además de ser familia, se ofrecieron como lectores receptivos y alentadores de este recorrido.

Resumen:

El presente ensayo se propone una actividad diagnóstica respecto del estado actual del lazo social y los modos de producción de subjetividad consecuentes. Desde una posición no abstinerente respecto de los sufrimientos actuales, aborda los efectos de los cambios culturales que situaron al mercado en el centro de la escena social.

Se parte de la hipótesis de que existe cierta paralización respecto del malestar que esta forma de cultura genera. Frente a la caída o puesta en cuestión de las instituciones modernas que garantizaban estabilidad, previsibilidad y cohesión social, la respuesta viene siendo defensiva, no reitutiva.

Las 'lógicas' del terror aplicadas para llevar adelante las políticas neoliberales se encuentran vigentes y atraviesan los modos de pensamiento y relación social. La crueldad y el intento permanente de borrar al otro diferente hablan de lo no elaborado que insiste y paraliza.

Mediante la recuperación de experiencias colectivas que intentan alternativas de reconstrucción del lazo, este panorama desalentador es interceptado. El choque intergeneracional habilitaría transformaciones en la medida en que las generaciones más jóvenes puedan ejercer su ciudadanía en tiempo presente y no solamente como proyectos a futuro.

Otro es el caso del movimiento feminista que en los últimos años ha dado muestras de la capacidad de las mujeres para pactar estratégicamente en función de revertir las condiciones de opresión que se les imponen.

Se llega entonces a la idea de que toda apertura a lo diferente hace lazo e introduce acontecimiento, saliendo de la mismidad y en consecuencia de la paralización.

Palabras clave: fragmentación social, historización, clínica ampliada, prácticas prefigurativas, acontecimiento.

Índice:

1- <u>De lo fragmentado</u>	3-7
a- <i>Nominar para olvidar</i>	
b- <i>La crueldad como intento de huida</i>	
c- <i>La vena abierta del terror</i>	
d- <i>Lo tuyo, lo mío, lo nuestro</i>	
e- <i>El culto del malestar</i>	
2- <u>De lo diferente</u>	8-11
a- <i>El entre-generaciones</i>	
b- <i>Temporalidades</i>	
c- <i>La sororidad</i>	
3- <u>La diferencia como conjuro</u>	13
<u>Referencias bibliográficas</u>	16

La diferencia como conjuro de la fragmentación.
(La intervención en Psicología frente a la crisis del lazo social)

No es excesivo afirmar que la dureza de los tiempos impulsa a un atravesamiento en el cual la conservación de la calma para el accionar científico no puede diluirse en una distancia abstinerente que nos deje inermes ante aquello que nos captura desde el exterior, lo cual no implica, necesariamente, que la objetividad se pierda por este atravesamiento. Podríamos incluso atrevernos a decir que, en tiempos de estertor histórico, cuando grandes sufrimientos atrapan la cotidianidad de los actores, no es posible objetividad sin implicación, y el entomólogo psicoanalítico o social corre el riesgo de perderse en su especulación si la distancia que genera respecto del objeto es de tal tipo que la realidad se torne borrosa.”
(Bleichmar, 2002)

1. De lo fragmentado

Hasta dónde debe pensar un psicólogo la realidad. Qué es lo que hace, qué teoriza, qué le incumbe, de qué se ocupa, dentro del gran espacio de ‘lo humano’.

Cuando en el campo de la Psicología se habla de clínica, todos comprendemos, suponemos que hablamos de lo mismo, pero por suerte a veces esto es interrogado. ¿Es clínica la reflexión política, la preocupación por la vida cotidiana, la inquietud por los titulares policiales, la metabolización crítica de los enunciados pronunciados, sostenidos y reproducidos?

La respuesta es, en principio, sí. Pensar las sociedades, las configuraciones culturales, las condiciones de existencia, los discursos que atraviesan la historia de los sujetos, los movimientos de transformación, el modo de habitar los territorios, los vínculos, las formas de sufrir psíquicamente (cuerpo incluido), son modos de hacer clínica. Porque partiremos de la premisa de que las subjetividades se constituyen, no están dadas, no son estancas o no deberían.

Seguiremos a Silvia Bleichmar (2007) en la idea de que la subjetividad, a diferencia del psiquismo es un producto histórico, que varía en las diferentes culturas y se transforma en función de los cambios en los sistemas histórico-políticos. Es fundamental entonces conocer esos sistemas y lo que ofertan a la hora de producir subjetividad.

Hacer clínica es un ejercicio, una praxis, teoría y práctica de un modo de estar ahí, escuchando. Y se escucha a un sujeto necesariamente desde un lugar que se sostiene también subjetivamente. Desde el psicoanálisis se nos invita a estar en posición de analistas a partir de abstenernos. Abstenernos de satisfacer la demanda que el analizante trae pero también abstenernos de ‘opinar’.

La advertencia lacaniana de no sostener una relación especular, de yo a yo, emisor- receptor, pregunta-respuesta, a partir de la cual se comete el error de ofrecerse como yo ideal del analizante y hacer juicios de valor sobre lo que enuncia aquel a partir del propio ideal; es una advertencia ineludible y fundamental.

Este gesto abonó al surgimiento de una ética para el ejercicio de la escucha, que intentó ‘desmoralizar’ (apartar de la moral) la práctica, o al menos pretendió ser un antídoto ante el inminente riesgo de constituirse en un dispositivo más de control. Ese riesgo, que a algunos de nosotros nos preocupa en gran medida, de que nuestro oficio resulte en la adaptación, más o menos pasiva, de los sujetos a los cánones sociales de éxito, salud o normalidad.

Al mismo tiempo, el principio de abstinencia puede leerse (y actuarse) como invitación a la ausencia, un abandono de la presencia actual que significan

los analistas, allí en la transferencia. Y no estamos haciendo referencia exclusivamente a las sesiones individuales, del uso del diván y del consultorio, sino a toda intervención que se precie de ser clínica y que pretenda efectos en salud mental, posible en diferentes marcos de trabajo.

El sostenimiento de esa regla suele traer un añadido curioso: dejar en suspenso las propias posiciones y lecturas de la realidad. Lo cual se hace extensivo a toda la vida y práctica, incluso más allá de la relación analítica. Una apelación a la neutralidad más que a la abstinencia. Evaluemos entonces ante qué debemos abstenernos y ante qué no.

Decíamos que se hace indispensable que nos interroguemos sobre el momento actual de nuestra comunidad, la forma en que las subjetividades se constituyen a partir de lo que nuestra cultura ofrece y los posibles malestares que aparecen en estas condiciones.

Nos apoyaremos en los desarrollos de Ana Bloj, respecto de la necesidad de circunscribir la conflictiva, situándonos en una perspectiva de prevención: “cuando una problemática se repite significativamente en una población dada es probable que nos indique la existencia de una dificultad que va más allá del caso singular” (Bloj, 1977, p. 39).

Puede pensarse ésta como una actividad de diagnóstico, desde una perspectiva crítica. No como una instancia conclusiva y definitiva sino como una interrogación, con hipótesis provisorias y flexibles que se consideran ya parte de la intervención en Psicología. (Ana Bloj, 2002)

A continuación se intentará un desarrollo descriptivo e interpretativo sobre los movimientos, cambios económicos, sociales y culturales (crisis en algunos casos) sufridos últimamente en nuestro país y sus habitantes, para una lectura sobre los modos de producción de subjetividad actuales. Pero sobretodo nos ocuparemos de la respuesta que intentan los sujetos, las dificultades en las que se ven envueltos y las posibilidades de salud que ofrecen estas condiciones o los padecimientos que conciben.

Cabe aclarar que este derrotero estará ‘contaminado’ por las vivencias de quien suscribe y una lectura de sus propias experiencias, gracias a la feliz imposibilidad de una exterioridad al respecto. Asumo que no será este un obstáculo a la credibilidad y legitimidad de este trabajo, sino por el contrario un atractivo extra. Invito al lector dejar atrás la exigencia de objetividad ya bastante cuestionada, y a ceder responsablemente ante las reflexiones aquí propuestas.

1. a- *Nominar para olvidar*

Empecemos por afirmar que hay dos expresiones recurrentes en el decir cotidiano, que insisten y se repiten, pero que han ido perdiendo contundencia y efecto quizás por acostumbramiento: violencia e inseguridad. No sólo a nivel de discurso mediático, sino calando fuertemente en el sentido común, estos dos nombres aglomeran y a la vez invisibilizan un amplio espectro de experiencias cotidianas.

Más allá de la asociación inmediata de ‘inseguridad’ a la sección de noticias policiales, también podemos pensar en la inseguridad de los vínculos o los puestos de trabajo, la inseguridad de las proyecciones a futuro, la desprotección, la amenaza permanente a la integridad. Sensaciones ampliamente difundidas y vivenciadas.

Además de la violencia relacionada con el robo a mano armada, los aprietes de las barras bravas, el narcotráfico, que ya nos tiene acostumbrados los oídos; hoy hablamos y debatimos sobre violencia de género y sus distintas modalidades aparte de la utilización de la fuerza física. Es violento también el *bulling*, el corte de calles para expresar reivindicaciones sociales, y el maltrato animal.

Todo mezclado, yuxtapuesto sin demasiada reflexión bajo estas mismas categorías que suelen aparecer juntas. Todo un conglomerado de sensaciones, experiencias, conflictos, modalidades del vínculo, sufrimientos, injusticias, de las cuales en realidad, no se habla. Se les pone un nombre y se lo olvida.

Los efectos de toda esta operación discursiva, o más bien, lo que vela, es la vivencia singular de una amenaza constante, un peligro rotundo y una soledad devastadora. Aunque lo descrito es aparentemente una realidad compartida, que nos atraviesa de conjunto, no se traduce en una identificación con otros, ni mucho menos en una acción cooperativa de los sujetos que intente transformaciones.

La realidad actual, así relatada da cuenta de una generalizada resignación frente a lo que duele, o al menos los intentos de revertir algo de esto no cobran niveles masivos. Podemos hablar, como ya lo hicieron muchos pensadores, de un lazo social roto, una crisis respecto de elementos fundamentales para la organización del vínculo y el surgimiento de elementos nuevos que intentan organizarlo. Hay aquí profundas pérdidas, pero, ¿hay duelo?

1. b- La crueldad como intento de huida

La respuesta masiva a este malestar viene siendo un pedido de mayor control, sanciones más cruentas y rápidas, más presencia policial. En nombre del restablecimiento de un orden que aparentemente se anhela para la depuración de lo que supuestamente falla y se ha corrompido.

Rita Segato sostiene en Tessa (2016) que estamos criados en una pedagogía de la crueldad, “que enseña a soportar el sufrimiento propio y ajeno como una condición inmodificable de la existencia” y afirma que al pedir seguridad al estado se lo llama para una guerra. Dice que los estados de nuestros países latinoamericanos, son estados apropiados por elites que se plantean desde una exterioridad hacia la población. Y que esto abona a que las fuerzas de seguridad se paraestatalicen muy rápidamente y tengan una relación bélica con la sociedad.

Puede ser el destino de una moción pulsional, chocar con resistencias que quieran hacerla inoperante (...) entra entonces en el estado de *represión*. Si se tratase del efecto de un estímulo exterior, es evidente que la huida sería el medio apropiado. (Freud, 2008 a, p. 141)

Está claro que el concepto freudiano de ‘represión’, como mecanismo del aparato psíquico para evitar el displacer y como un trabajo atribuible a una historia y existencia individuales, no es equivalente al término ‘represión’ en el sentido del ejercicio de la fuerza por parte de los Estados para mantener el orden social vigente. ¿No es equivalente?

El displacer es un componente inevitable de las trayectorias vitales, individuales o colectivas. Y el modo de tramitar aquello que no es satisfactorio, que es frustrante, que no se adecúa a las expectativas o entra en contradicción con otros intereses, es esclarecedor respecto de los malestares y conflictivos.

Si el mecanismo intrapsíquico de la represión tiene como fin dejar sin fuerza, hacer inoperante algo, podríamos preguntarnos si esta definición aplica al mecanismo social o más bien, a la lógica represiva en las sociedades.

Me animo a afirmar que cuando el conflicto es interpersonal, cuando se da en el vínculo o el lazo social (¿exterior, propio o ajeno?), tampoco la huida parece ser el medio adecuado. Al parecer, la forma más frecuente de resolución en este caso es el intento de dejar inoperante al otro, ‘reducirlo’, borrarlo o invisibilizarlo lo más que se pueda.

Ante la diferencia, el desacuerdo, la presencia efectiva de la alteridad, quiero decir, cuando verdaderamente introduce un elemento alter (novedoso o disruptivo), evidentemente algo de lo anterior se conmueve. Con demasiada frecuencia a esta conmoción se responde con agresividad.

1. c- La vena abierta del terror

Sin dudas existen elementos en nuestra historia como argentinos y latinoamericanos que entran en relación directa con la situación actual de nuestros vínculos, nuestras instituciones y esta demanda de mayor rigor. El pasado reciente atravesado por el terrorismo de Estado, la desaparición de personas y la apropiación de bebés, herida abierta que insiste en el intento de restitución de identidad y búsqueda de nietos e hijos desaparecidos sigue siendo un elemento central.

¿Pasado reciente? Con Santiago Maldonado desaparecido hace tan sólo meses, o Julio López como dos casos exponenciales de la vigencia de la que aún gozan las lógicas represivas y del terror, no podemos hablar de pasado. Si todavía dudábamos, años atrás, de que los crímenes de lesa humanidad y lo terrible del último golpe cívico militar estuviera colectivamente elaborado, hoy más que nunca sigue siendo duelo pendiente.

No sólo no terminamos de poder construir un relato colectivo suficiente respecto de lo acontecido antes, sino que está en duda que exista un consenso masivo del 'Nunca más' y del repudio a los abusos de autoridad por parte del Estado. Las declaraciones del presidente, cuestionando que fueran 30.000 los ciudadanos secuestrados torturados y desaparecidos, dan cuenta de esto y preocupan. Sin olvidar la larga lista de desaparecidos en democracia y muertos por gatillo fácil que -por pobres y por jóvenes- quedan en el anonimato y en el olvido.

En el análisis cotidiano y el sentido común imperante no se hace visible la relación entre por un lado las formas de coerción y disciplinamiento social en manos del Estado, la corrupta y abusiva policía, y por el otro la sensación de pura amenaza, hostilidad hacia el otro y violencias cotidianas que sufrimos los sujetos. Hay una elisión de este enlace y casi nula responsabilización hacia el Estado y el poder político, al cual se le demanda por el contrario mayor violencia, mayor terror, control, crudeza, sanción y en todo caso una buena administración del país en términos económicos (como si los asuntos económicos tampoco tuvieran participación al respecto).

Todo análisis de campos representacionales actuales debe incorporar el hecho de que el Terror tiene una operatoria que trasciende los límites temporales de su aplicación. Se invisibiliza en formas de aparente consenso pasivo o indiferencia, y opera en las subjetividades y en los funcionamientos institucionales. (Stolkiner, 1994, p. 26)

Alicia Stolkiner (1994) explica que esta metodología autoritaria fue el medio para la implementación de las políticas neoliberales en la década del 70, en un marco de altos niveles de conflictividad y lucha social. En América Latina debieron ser anuladas las formas de resistencia social para que la flexibilización laboral, la apertura de mercados y la desestatización de la economía, pudieran llevarse adelante. Se mantuvieron sin embargo, las formas indirectas o abiertas de coerción.

1. d- Lo tuyo, lo mío, lo nuestro.

Una de mis preocupaciones constantes es comprender cómo es que otra gente existe, cómo es que hay almas que no sean la mía, conciencias extrañas a mi conciencia, que, por ser conciencia me parece ser la única.(...) Nadie, supongo, admite verdaderamente la existencia real de otra persona. Puede conceder que esa persona está viva, que siente y piensa como él: pero habrá siempre un elemento anónimo de diferencia, una desventaja materializada...Los demás no son para nosotros más que

paisaje y casi siempre, paisaje invisible de calle conocida. (Fernando Pessoa, citado en Skliar, 2002, p.29)

En este recorrido está implícita una problemática, que insiste y es fundamental: la tensión entre lo individual y lo colectivo, la falsa dicotomía interior y exterior, la no tan falsa vivencia de lo propio y lo ajeno.

Si nos aventuramos en sostener que la reconstrucción de lazos cooperativos, solidarios es central para generar condiciones saludables de existencia en estos tiempos, cabe preguntarse: ¿a partir de qué cosas se establece un nosotros?

La primera persona del plural es una ficción, igual que la del singular, en algún punto. El yo es a partir de Freud una instancia psíquica que no está dada de hecho y que se conforma a partir de identificaciones, investiduras de objeto que son sustituidas por una identificación. Constituido a partir de una “sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto”. (Freud, 2008 b, p. 31)

Si lo que somos, lo que nos pertenece, lo que nos distingue a cada uno es la historia de las relaciones con todos los otros que investimos (amamos), elegimos; la distinción entre el yo y el tú es evidentemente compleja.

Lo propio ¿es entonces una atribución o una actividad? Lo que nos pertenece a cada cual y lo que somos debe ser en definitiva una combinación entre lo que se nos ofrece y lo que tomamos. Propongo pensar que la construcción del yo, de la identidad, es una actividad y no una recepción pasiva. El yo se construye por apropiación de rasgos que tomamos de los otros. Podría ser que lo propio surja de la apropiación (legítima) de lo ajeno. ¿Expropiación?

La patria, el club de fútbol, la familia, el barrio, la agrupación política, la O.N.G., la banda de rock, la tribu urbana nos añade, a la identidad personal, una identidad colectiva. En todos estos casos hablamos del ‘nosotros’ sin problemas a partir de una operación de pertenencia, de filiación, de acuerdos que pautamos y nos juntan, cohesionan.

Pero si estamos afirmando que estas instituciones clásicas están en crisis cabe problematizar cuan posibles son estos ‘pertenececes’ hoy en día.

Lewkowicz recupera la metáfora de ‘modernidad líquida’ de Bauman y propone figurarse pensar a los tiempos actuales en términos de fluidez, por oposición a la solidez que constituían los pilares organizadores de la sociedad moderna: la escuela y la familia. “La subjetividad neoliberal no se asienta sobre lo sólido del territorio, sino sobre la fluidez de los capitales”. (Lewkowicz, 2004)

En un medio sólido, dice, hay permanencia en la conexión entre dos puntos, a menos que suceda un accidente o un movimiento revolucionario que la corte. En cambio, en un medio fluido la conexión entre dos puntos es siempre contingente y puede no ser. En un medio que se altera, todas las conexiones deben ser muy cuidadas y no se sostienen en instituciones, sino en operaciones. (Lewkowicz, 2004)

En estas condiciones el vínculo se encuentra signado por una exigencia de trabajo y un despliegue de recursos que antaño no se precisaban. La garantía de poder vivir con otro y que este encuentro genere satisfacción, ya no estaría dada por estructuras externas, sino asentada en los esfuerzos individuales. Pero, ¿es posible reinventar permanentemente? ¿Se puede llegar ‘a tiempo’, ser ‘puntual’ (o’ clock) a las citas a las que nos invita el acelerado y siempre cambiante mercado?

1. e- *El culto del malestar*

El conflicto que implica la doble existencia, singular y colectiva, del ser humano no es una novedad. Freud (2009) lo expresó en términos de malestar, un malestar en la cultura inherente a la existencia, constitutivo del sujeto, estructural.

Pero el enunciado freudiano habla de la existencia de la cultura como superación: “ésta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo” (Freud, 2009, p. 94). Decisivo para la satisfacción de las demandas individuales que precisan desde el inicio de la participación de otros, y que en la posibilidad de vivir en comunidad se resguardan de la destrucción por rivalidad.

Freud (2009) no se refiere a una equivalencia entre cultura y perfeccionamiento, y aunque afirma que es fundamental la resignación del narcisismo para la convivencia con otros, se pregunta si el conflicto entre la libertad individual y la voluntad de la masa es insalvable. A su reflexión sobre el malestar le es inherente la pregunta por la posibilidad de una configuración cultural que logre un equilibrio “acorde a fines, vale decir, dispensador de felicidad, entre las demandas individuales y las exigencias culturales de la masa”. (Freud, 2009, p. 94)

No nos ocuparemos aquí del planteo esencialista de si el ser humano es egoísta por naturaleza, innatamente individualista, incapaz de la vida compartida, destructivamente antisocial.

Es preferible reflexionar sobre las condiciones que las configuraciones culturales imponen a los sujetos. Esto en función de saber en qué medida esa resignación promueve o no bienestar en la cultura.

Hay un plus de malestar, que va más allá de la operación constitutiva de negociación que el sujeto acepta hacer para ingresar en la vida social. Lo que Silvia Bleichmar (2007) nombra como “malestar sobrante”: la cuota que nos toca pagar, que lleva a la resignación de aspectos sustanciales del ser mismo como efecto de circunstancias sociales sobreagregadas, que no remite sólo a las renunciaciones pulsionales que posibilitan la convivencia con otros.

Podemos decir que en las condiciones actuales se exige, más que una resignación, una desintegración de la reserva narcisista necesaria para el establecimiento de un sujeto deseante. Un agregado de malestar que se presenta como sustracción excesiva para el sujeto, una suma que resta demasiado.

2. De lo diferente

El panorama no parece muy alentador: los tiempos y exigencias de las lógicas de mercado, Estados corridos de su función de garante de derechos cumpliendo un rol de control y disciplinamiento salvajes, y una consecuente paralización subjetiva para operar cambios contundentes que generen bienestar. Pero ¿eso es todo?

En este escenario no solo hay padecimiento: las crisis movilizan y conmueven, no solo hay destrucción y desolación. La capacidad de las poblaciones para recomponer espacios de encuentro y satisfacción con otros puede emerger en tiempos difíciles, y el malestar mueve a la creación de recursos o la utilización de algunos ya existentes que no se sabían allí disponibles.

Desde una perspectiva en promoción en salud mental, Bang (2014) propone la creatividad colectiva como potencia clave, herramienta transformadora, liberadora y subjetivante. Enuncia cómo los procesos de creación colectiva abonan a un descentramiento de lo individual, signado por el consumo, hacia la realización de una identidad colectiva invitando a la reflexión sobre elementos del propio cotidiano. Así imaginación, ficción y corporeidad puesta en juego dejan marcas en la subjetividad y viabilizan experiencias placenteras y de cuidado.

Para que sea posible el análisis crítico de nuestra situación social, las circunstancias que operaron para que las cosas estén de este modo, la identificación de responsabilidades y la elaboración de estrategias para mejorar nuestra calidad de vida; para que algo de esto opere es urgente primero y mientras tanto, reconocer nuevamente (aunque suene redundante) a los otros.

2. a- El entre-generaciones

Ahora bien, en el devenir existe un movimiento inevitable que suele resultar aliviador y prometedor: la introducción de nuevas generaciones a la vida de una sociedad. Continuamente traemos nuevos sujetos al mundo. Niños nacen, crecen y se introducen a la vida cotidiana, laboral y política. Se supone aquí un relevo, una posta que se pasa a los recién llegados para que continúen la tarea. ¡Suenan bien!

Eva Giberti (1997) propone pensar a la niñez como una categoría, construida para gestar un nivel de análisis que permitiese referirse a esos sujetos que no son productores de bienes materiales. Explica cómo se inventó la niñez por medio de una operación semántica y de este modo se aisló simbólicamente a niños y niñas de sus circuitos de pertenencia, universalizándolos.

De este modo está señalando que pensar a los niños como sujetos separados, por oposición a los adultos, es no sólo una abstracción sino una maniobra con objetivos claros y consecuencias determinantes. Durante la modernidad, en el momento de conformación de los estados-nación, se construye la categoría de niño para señalar el lugar social que se les asigna a estos sujetos: ciudadanos en construcción, diamantes en bruto, proyectos que para ser deben obedecer.

Dice: “El niño y la niña, como sujetos pasivos, obedientes e incapaces en paridad con la mujer, (en riesgo de pecado o de –deformación espiritual-) están ausentes de cualquier participación de la vida social, en razón de su debilidad” (Giberti, 1997, p. 27)

Es interesante interrogar cómo funciona este encuentro entre generaciones. Puede pensarse a los niños y jóvenes como herederos de una labor que se piensa a futuro, relevándonos en nuestra función ciudadana de adultos bien formados y consolidados. O puede pensarse a las nuevas generaciones como el elemento distinto que interpela esa ciudadanía desde su existir actual.

Lewcowitz (2004) relativiza la posición de adulto como producto terminado y sólido, argumentando que la fragilidad que generan estos tiempos de conmoción social afecta a todas las generaciones que comparten el espacio histórico. En un mundo permanentemente cambiante se pone en jaque el privilegio de las generaciones más antiguas, como las portadoras de la experiencia y el saber.

Esto no significa que la desproporción adulto-niño haya desaparecido o deba desaparecer: sigue siendo necesario y lícito que los niños y jóvenes sean ‘soportados’ y alojados en otro lugar.

Función de sostén que Sergio Rascován (2013) propone como una función social encarnada por diferentes sujetos que hospedan al recién llegado. Lo cual implica abandonar el esencialismo que supone definir ‘lo adulto’ y ‘lo joven’ basándose en la edad cronológica. Es necesario para el autor, des-sustancializar la subjetividad y pensarla como un devenir, para concebir a la adultez y juventud como cualidades que se construyen en un ‘entre’ generaciones.

No es difícil recibir esta idea y acordar con ella respecto de las tareas de cuidado, soporte, ternura y asistencia del niño. La incomodidad aparece cuando aparte de esto, el encuentro generacional implica algo de lo disruptivo.

Rascován (2013) recupera la noción de Vénere de ‘lo Otro’ para pensar en lo intergeneracional. En la constitución del sujeto queda un resto imposible de simbolizar que se vive como radicalmente ajeno y se asienta en tres figuras de la alteridad en su versión más radical: el extranjero (lo extraño), la muerte (lo irrepresentable), la sexualidad (el exceso).

El autor plantea que la adolescencia agita estas figuras perturbadoras, provocando a los adultos y amenazando su 'propio -ombligo- identitario'. (Rascován, 2013,)

No hay un encuentro armónico en el cual los anteriores reciben a los nuevos y les explican las reglas para vivir juntos. No hay recepción pasiva y agradecida de lo anterior, no hay obediencia posible sin coerción. Este encuentro es insoslayablemente conflictivo de entrada, lo cual permite la idea esperanzadora de cambio y no sólo de recambio generacional.

Dejar de pensar este lazo social entre generaciones como relevo y transmisión, podría ser habilitante para:

- atribuir a la niñez un lugar activo en la construcción de las pautas de los vínculos sociales

- despojar a la niñez y juventud del sesgo de proyecto a futuro y ciudadano en conformación, promesa para la posteridad

- posibilitar transformaciones a partir de la interrogación que introducen las nuevas generaciones hacia las anteriores, en tiempo presente

- conmover la mera reproducción idéntica de lo mismo, que genera resignación y aceptación pasiva de lo que no anda

Giberti (1997) invita a diferenciar las políticas *para* la niñez y las políticas *de* la niñez. Las primeras son aquellas que conciben la niñez como categoría abstracta, homogeneizante y pretenden intervenir en la vida de los niños tratándolos como objetos de intervención y no como sujetos de derecho. Incluso bajo el sesgo del cuidado, y haciendo declaraciones en favor de la niñez, reproducen un paradigma de autoritarismo, patronato y obediencia.

Las segundas son comportamientos políticos protagonizados por niños y niñas. Políticas que producen a partir de las condiciones que se les ofrecen, como por ejemplo las alianzas entre los chicos de la calle de un determinado grupo en contra de determinado comerciante o de la policía. (Giberti, 1997)

2. b-Temporalidades

Lo intergeneracional plantea entonces un campo problemático que tiene que ver con el encuentro y está atravesado por la temporalidad. Hablamos de lo antiguo y lo nuevo, de los recién llegados y los más experimentados, hablamos de trayectoria, de transcurrir y de pasado, presente y futuro.

La juventud como momento pero también como posición subjetiva, una posición crítica de interrogación a los valores vigentes. Con lo cual lo joven podría ser más un estar que un ser, una cualidad que puede ser portada y soportada por los sujetos independientemente de su edad cronológica.

La noción de futuro se pone en juego en tanto construcción de un porvenir, desde un presente que cobra sentido en función de esa producción potencial. No a partir de una omnipotencia de lo humano, sea colectivo o individual, sino con la plena conciencia de los determinantes históricos, de lo que hicieron otros de nosotros.

Sabemos que la operación de historización es una cualidad humana que tiene que ver con la elaboración de un relato basado en hechos que no son exteriores al sujeto y que está atravesada por lo que de vivencial tiene la realidad. Cada vez que se narra algo de lo vivido pasado, se reescribe y por lo general esta reescritura e hace con otros.

Pedro Ferretti (2006) plantea que la función del tiempo es indispensable para pensar la posibilidad del lazo social. A partir de un discurso que genera lazo pero que en ese mismo lugar del lazo deja un vacío y produce una falla, se va a precisar una suplencia. Y ésta va a ser operada por la función de la promesa.

Si hay algo que funciona como causa de deseo es la existencia de una promesa, (...) un tiempo ordenador, que la historia no comienza cuando uno

llega, sino que hubo un espacio y un tiempo anterior, hubo un origen. Esto nos permite contar una historia, o contar con una historia y por qué no construir la historia. (Ferretti, 2006, p. 24)

Una promesa de porvenir que pueda construirse de conjunto para el beneficio de todos que da sentido al presente y sobretodo hace posible la resignación de la demanda individual a cambio de algo satisfactorio. El sujeto no es caritativo, no hace concesiones o cesiones gratuitamente, sino que se mueve de un lugar pretendiendo encontrar otro que lo sustituya más dichosamente. Nadie en sus cabales se despoja de sus certezas sin una promesa de alojamiento otro y más grato.

En este sentido vale la pena prestar atención a lo joven y su forma de funcionamiento actual. La adolescencia como tiempo de recomposición psíquica durante la cual se reformulan ideales rehaciendo identificaciones, es un proceso ligado a las condiciones históricas imperantes, para Silvia Bleichmar (2002).

Respecto de este tiempo abierto a la resignificación y a la producción, la autora lo describe como atravesado por más complejidades que en otras épocas. Las significaciones operantes antaño se encuentran caducas o en crisis y las generaciones adultas no están pudiendo ofrecer propuestas mínimas a las vacancias que quedaron. Los mayores sufren, de una desidentificación que opera de obstáculo para convidar identificaciones a los más jóvenes. (Bleichmar, 2002)

Pero para afirmar que asistimos a una ausencia completa de un universo identificatorio posible, es insostenible. Se debe pensar en que las instituciones mediadoras de la identificación han variado. Los sujetos siguen intentando reagrupamientos, rearticulaciones en microgrupos, que cohesionan y aún se conservan los rasgos de solidaridad. (Bleichmar, 2002)

Cualquier tesis que reproduzca, a partir del análisis de las condiciones actuales de existencia, una visión puramente resignada, derrotista o desanimada respecto de la posibilidad de dicha de estos tiempos debe ser resistida. Debemos ser consecuentes con la idea de que hay sujeto allí donde hay implicación, responsabilidad, interpelación al ¿qué tiene usted que ver con lo que lo aqueja? Por tanto, no nos es lícito un pensamiento penoso, que sólo se compadezca de una realidad que se concibe como inmodificable.

2. c- La sororidad

Además de los intentos de reconstrucción del lazo que se dan aisladamente y en grupos pequeños, existen experiencias de disputa real y efectiva respecto de las lógicas de fragmentación del mercado, que ofrecen alternativas contundentes a la desolación imperante.

No haremos aquí un recuento exhaustivo de esos intentos de organización que no alcanzan a interpelar masivamente y que, como plantea Stolkiner (1994), su irrupción activa en la vida política y del conjunto sucede en forma circunstancial y en momentos extremos. Los cuales pueden considerarse formas organizativas precarias y vulnerables porque son gestadas en la marginación.

Pero nadie debería dejar de investigar las experiencias de auto-organización de los colectivos de usuarios en salud mental por ejemplo, que resistiendo al silenciamiento al que se pretende someterlos, toman la palabra y toman decisiones sobre su propia vida. El centro cultural 'El Gomecito' en nuestra ciudad, el Frente de Artistas del Borda en Buenos Aires, etc.

O bien las experiencias de bachilleratos populares, las cooperativas de trabajo, los colectivos de artistas que piensan contraculturalmente y se organizan de modo horizontal, los intentos de recuperación de clubes barriales, las asambleas populares.

Múltiples y multicolores prácticas que a pesar de no articular aún de forma permanente para subvertir definitivamente la fragmentación social, van armando

jurisprudencia, si se quiere, sientan precedente e introducen aspectos de novedad.

Pero, en algunos casos, estos movimientos sí logran una dirección contundente que construye alternativa y deja huella histórica. Es el caso del movimiento feminista y sus intervenciones recientes en la vida política y pública.

Las condiciones de opresión a las que se han visto sometidas las mujeres y las actualmente llamadas 'identidades disidentes' vienen generando hace muchos años respuestas importantes y efectivas por parte de sus protagonistas. Frente a las vulneraciones de sus derechos y la brutal violencia de género que hasta hace un tiempo no muy lejano, se reducían a la esfera privada de la vida, las mujeres nos venimos encontrando.

Nos encontramos incluso más allá de los lazos afectivos y de contención, ya que éstos se traducen en la elaboración de estrategias concretas para la obtención de mejores condiciones de vida. La falta de respuesta estatal suficiente a la violencia doméstica, o la postergación del debate sobre la legalización del aborto como problema de salud pública, dieron como resultado la construcción de redes sociales que abordan e intentan resolver estas problemáticas.

Además no sólo se reparan los baches de atención y cuidado que deja el Estado, sino que se identifica la responsabilidad política de éste y se lo insta a garantizar derechos. Se direccionan reclamos hacia el Estado, recuperando el valor de lo público y disputando su sentido.

El concepto de sororidad clarifica aún más, pensado por su autora como "una dimensión ética, política y práctica del feminismo contemporáneo. Es una experiencia de las mujeres que conduce a la búsqueda de relaciones positivas y a la alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres" (Lagarde, 2014, p. 258). Es decir que son acciones que contribuyen a la eliminación social de todas las formas de opresión y pretenden lograr, como diría Lagarde, el 'poderío genérico' de todas y el empoderamiento vital de cada mujer.

No se trata de concordar embelesadas por una fe, ni de coincidir en concepciones del mundo cerradas y obligatorias. Se trata de acordar de manera limitada y puntual algunas cosas con cada vez más mujeres. (...) La sororidad es un pacto político entre pares." (Lagarde, 2014, p. 560)

De esta manera, el pacto entre mujeres no se reduce a la esfera de lo privado y subterráneo de género, sino que se traduce a lo público y cobra dimensión en la voluntad política de género. Para Lagarde (2014), sororidad no es necesariamente solidaridad o amor entre las mujeres.

Por otra parte los interrogantes y horizontes de transformación que el (o los) feminismo(s) viene instalando calan en el ámbito intelectual-académico y en mayor o menor medida, en el terreno profesional y en el sentido común masivo. De una manera sin dudas compleja, sin que podamos hablar de una conquista de la igualdad ni de una legitimidad masiva de las reivindicaciones propuestas, pero sí de un impacto general en la redefinición de las relaciones interpersonales que se ponen en cuestión.

Generar condiciones para la 'salida del clóset' haciendo posible la asunción de identidades sexuales que existen hace años pero que siempre sufrieron exclusión y violencia machista, o visibilizar lo frecuentes que son las agresiones y abusos conyugales o familiares no es para nada menor. Estos hechos pueden pensarse como conquistas tangibles, sin mencionar muchas otras, que abren resquicios para la salida de las lógicas de desamparo que identificamos en nuestro tiempo.

Al mismo tiempo, la hétero-norma y la forma de ser varón, de asunción y ejercicio de la masculinidad se ponen en crisis. Poniendo a su vez en cuestión los

valores patriarcales, que se venían proponiendo como ideales para ambos géneros: rivalidad, productividad, fuerza física, frialdad emocional, etc.

3) La diferencia como conjuro

Entonces, dos actitudes fundamentales deben guiarnos como agentes de salud mental, profesionales del campo de la psicología, pensadores de lo humano y sobretodo, actores sociales responsables de la reproducción o transformación del orden social vigente. Estas son: una actitud no abstinente y una actitud no resignada ni paralizante, ambas respecto de lo doloroso y difícil de nuestro tiempo y de la cultura que construimos.

Coincidiremos en que las lógicas que el mercado impone a la producción de subjetividad y sus consecuencias en la modalidad del vínculo, nada tienen que ver con la promoción de la salud, con condiciones para una existencia digna y dichosa.

La crueldad instalada a partir de las políticas del terror que siguen operando y 'ordenan' la vida en sociedad, habilitan a que el mercado defina los destinos vitales y los Estados se reduzcan a un secretariado. Esto a partir de un efecto de borramiento de las responsabilidades, por la crisis de las instituciones que servían de referencia interlocutiva. Y por el no-lugar que representa el mercado, anónimo e impersonal.

En estas circunstancias, la fragmentación social, la ruptura o fragilidad del lazo pone a los sujetos en una complicada encrucijada. El otro, percibido como extraño y desconocido, se vuelve amenazante y rivalizante a la vez que la vivencia de soledad es igualmente peligrosa.

El anclaje del sujeto en experiencias colectivas se ve dificultada y con él, la filiación más allá del núcleo familiar, la posibilidad de cooperación para operar transformaciones perdurables, la solidaridad como habilitante de la vida y satisfacción compartidas.

El individualismo, el aislamiento, la falta de empatía, la agresividad, el intento de dejar inoperante lo que se presenta como diferente, pueden interpretarse como conductas destructivas en una pérdida de valores morales fundamentales. O puede leerse como productos históricos, respuestas quizás esperables, defensivas, como parte de un intento de autoconservación.

Podríamos seguir abonando a una posición nostálgica por las garantías perdidas, por el tiempo en que supuestamente se gozaba de un mayor bienestar y las instituciones servían de sostén y referencia obligada para la toma de decisiones.

Posicionarse en cambio desde una perspectiva que visibilice las pérdidas para elaborarlas, hacer el duelo correspondiente y reescribir el pasado sería una tarea más fértil para la reintegración de la historia singular y colectiva.

Conviene pensar en las experiencias que recuperamos de intento de reconstrucción del lazo, como prácticas prefigurativas, que "en el momento presente –anticipan- los gérmenes de la sociedad futura" en el sentido gramsciano del término. (Ouviña, 2007, p.180). Gramsci propone la acepción "política prefigurativa" para habilitar la idea de la aceleración de un porvenir que supere paulatinamente las relaciones sociales capitalistas, a partir la puesta en acto del "nuevo orden" en el ahora. (ibidem)

Escuchar de este modo, no implica ideologizar la escucha 'contaminándola' con cuestionables opiniones que reproduzcan un modo de hacer moralista y un movimiento de cierre más que de apertura efectiva.

Sino que apela a un trabajo desde la ampliación de la clínica: poner la enfermedad (o el malestar) entre paréntesis, para recuperar la dimensión del sujeto sufriente, su contexto y su protagonismo político. Pero no a costa de negar

la enfermedad empobreciendo la construcción de problemas clínicos. No se trata de una sustitución sino de una ampliación. (Sousa Campos, 2009)

Se hace necesario construir un relato de nuestra historia colectiva que desnaturalice enunciados que paralizan y anestesian nuestra potencia creativa como sociedad. Visibilizar cómo el miedo nos condena a liquidarnos entre nosotros y es una autocondena (¿un autocastigo?), e interpelar la paralización y el aislamiento social desde nuestras prácticas.

Nuestros niños y jóvenes, no son el futuro de nuestro país. Esa es la primera ponderación que estamos obligados a hacer. Cuidarlos no es una inversión a futuro, es una valoración del presente y tiene que ver con incluirlos como ciudadanos y considerarlos sujetos políticos, hacedores de nuestra vida actual en sociedad.

En este sentido se hace evidente que decir 'los jóvenes son el futuro' encierra una fuerte paradoja si pretendemos que ese futuro sea idéntico al presente. Si seguimos impedidos en nuestra posibilidad de dirimir nuestras diferencias y sólo buscamos el exterminio de lo no igual, nos condenamos a la repetición circular y viciosa de lo mismo que padecemos hace tiempo.

La potencia transformadora que la juventud pueda portar depende del espacio que dejemos para la desobediencia o la transgresión. Quizá una cuota de riesgo que será saludable tomar para un presente mejorado y mucho más satisfactorio.

Cabe aclarar que con dirimir las diferencias no hacemos referencia al no conflicto, a la aceptación pasiva de lo injusto, a la ilusión de paz social que vela las desigualdades. Si no por el contrario a la posibilidad de emergencia de nuevas formas de relación y organización que introduzcan una interrupción en la mismidad. Para lo cual es indispensable que lo disímil aparezca y los desacuerdos se hagan visibles.

Carlos Skliar (2002) nos asiste recuperando la concepción de Deleuze del tiempo como plagado de paradojas, para afirmar que la prohibición de la diferencia supone un tiempo donde siempre ocurre lo mismo, supone afirmar la mismidad:

Para Deleuze (...). La continuidad, como duración, como tiempo infinito, como un paso sin salto, como principio y final de cada una y de todas las cosas, es una construcción del tiempo que sirve para prohibir su contrario, es decir, prohibir la discontinuidad. El salto, la irrupción, la ruptura; en síntesis un tiempo que sirve para prohibir la diferencia". (Skliar, 2002, p. 33)

Aquí la problemática del lazo conjuga modos de hacer con modos de estar temporales. La posibilidad de detener el tiempo a partir del establecimiento de un corte, que frene la vorágine del mercado, la exigencia de inmediatez y la fragilidad aparente del futuro se vuelve urgente. La diferencia como experiencia de lo irreverente alivia y subjetiva recuperando la singularidad.

Se trata de buscar el acontecimiento, que interfiere la serialidad de la norma y de los sucesos repetidos (Giberti, 1997), para abrir paréntesis recuperando el tiempo perdido (¿o robado?) que se precisa para la construcción de cualquier cosa que se pretenda perdurable, una vez más, en el tiempo.

Animémonos a afirmar que si preguntáramos a cualquiera en qué momento de su vida sintió que el tiempo se detuvo y que armó remanso por un rato, la respuesta tendrá que ver con un encuentro, un compartir afectuoso y placentero con otro, un semejante. La respuesta tendrá que ver con la experiencia de compañía.

Así que además de hacer lugar a la diferencia, a la trasgresión joven, a la irreverencia y a la creatividad, lo que hará acontecimiento será definitivamente la reunión. Es decir la juntura conjugada con lo que Fernando Ulloa (en Arredondo,

2016) llama ternura: “Hablar de ternura en estos tiempos de ferocidades no es ninguna ingenuidad. Es un concepto profundamente político. Es poner el acento en la necesidad de resistir la barbarización de los lazos sociales que atraviesan nuestros mundos.”

Referencias bibliográficas:

- **Bang**, Claudia. (2014) “Estrategias comunitarias en promoción de salud mental: construyendo una trama conceptual para el abordaje de problemáticas psicosociales complejas.” En: *Psicoperspectivas*, 13 (2), 109. Recuperado en www.psicoperspectivas.cl
- **Bleichmar**, Silvia. (2002). “La identificación en la adolescencia. Tiempos Difíciles.” En *Encrucijadas*, 2, N° 15. Extraído de www.silviableichmar.com
- (2007) “Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis”. En: *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires. Paidós
- **Bloj**, Ana (1977). “Prevenir ¿Práctica privativa del campo de la salud?” En: Menin, O. (comp.) *Problemas de aprendizaje ¿qué prevención es posible?* Rosario. Homo Sapiens
- **Bloj**, Ana (2000). “Tres momentos para pensar las intervenciones del psicólogo educacional. Diferentes perspectivas de abordaje.” En: Menin, O. (comp.) *El oficio del psicólogo educacional*. Rosario. C.G. Editora.
- **Ferretti**, Pedro. (2006) “La dispersión subjetiva.” En: *Educación entornada. Apertura a una práctica de lo imposible*. Rosario. Laborde.
- **Freud**, Sigmund. (2008 a) “La represión”. En: *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico: Trabajos sobre metapsicología y otras obras: 1914-1916*.-2° ed. 13° reimp.-. Buenos Aires. Amorrortu
- (2008 b) “El yo y el ello”. En: *Obras completas: El yo y el ello y otras obras: 1923-1925*.-2° ed. 12° reimp.-.Buenos Aires. Amorrortu
- (2009) “El malestar en la cultura”. En: *Obras completas: El malestar en la cultura y otras obras: 1927-1931*.-2° ed. 11° reimp.-.Buenos Aires. Amorrortu
- **Giberti**, Eva. (comp.) (1997) “La niñez y el hacer política”. En: *Políticas y niñez*. Buenos Aires. Losada S. A.
- **Lagarde**, Marcela. (2014) “Feminismo en primera persona.” En: *El Feminismo en mi Vida: Hitos, claves y tópicos*. México D.F., Instituto de Las Mujeres de la Ciudad de México.
- **Lewkowicz**, Ignacio. (2004) “Frágil el niño, frágil el adulto.” *Página 12*. Noviembre 4. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia>
- **Ouviña**, Hernán. (2007) “Hacia una política prefigurativa. Algunos recorridos e hipótesis en torno a la construcción del poder popular”. En *Reflexiones sobre el poder popular*. Buena Aires. Editorial El colectivo.
- **Rascován**, Sergio. (2013) *Entre adolescentes, jóvenes y adultos: Puntuaciones de época*. Buenos Aires. Paidós
- **Skliar**, Carlos (2002). “Acerca de la temporalidad del otro y de la mismidad. Notas para un tiempo excesivamente presente”. En: *¿Y si el otro no estuviera ahí?* Buenos Aires. Miño y Dávila srl.
- **SousaCampos** (2009) “La clínica del sujeto. Por una clínica reformulada y ampliada.” En: *Gestión en salud. En defensa de la vida*. Buenos Aires. Lugar editorial.
- **Stolkiner**, Alicia. (1994). “Tiempos ‘posmodernos’: ajuste y salud mental”. En: Saidon y Troianovsky (comps.) *Políticas en salud mental*. Buenos Aires.

Recuperado de:

<https://xa.yimg.com/kq/groups/22819310/926196550/name/Tiempos>

- **Tessa**, Sonia. (2016) "Al pedir seguridad al estado se lo llama para una guerra."
Página 12. Septiembre 4. Recuperado de
www.pagina12.com.ar/suplementos/rosario